

Jantipa versus Sócrates

Jose Manuel Soto Villalba

No es preciso advertir que son tiempos sin retorno. Un haz mastodóntico de luz irrumpe y ciega retinas medidas por igual, en el querer y la imposibilidad. Nunca como ahora se cumple el antiguo oráculo mitológico que venía a decir "a más voluntad más tragedia". Solo que nuestro destino es la rutina de lo previsto más acá de nosotros. Edipo se retira, nuestra vista es su ceguera. La Era del "ojo" con su maquinal proceder, constata que a medida que el campo de visión se amplía un caleidoscopio deforma lo que en principio no debía descomponerse. Pasa lo que se sabe que ha de pasar. Después, piénsese lo que se quiera del pensamiento si resta valor para ello. Sin apenas movernos, poseemos más sabiduría que aquellos iconos religiosos, forjados a base de autoexilio, abandono y abnegación. Entonces, aprender costaba casi el ridículo que va de la heroicidad a la parodia. Sin embargo carecían del público necesario para que la risa surgiera de su quebranto. Propongo a la masa como risa deformada.

Toda manifestación de fuerza acabaría de producirse un final con o sin observador, como la expiración de una frustración aciaga. Solo una manipulación dinámica, implacablemente inocente, movilizaría todo un arsenal de guiños desdibujados por una totalidad vanidosa en extremo. El divorcio entre el animal divino y el mundo, promete en los próximos tiempos, seguir democratizando de maneras insólitas y desconcertantes, aquello que un autor decía sobre la razón de ser de la religión: somos el horror de Dios.

...Georg Simmel consideraba que la disarmonía entre cultura objetiva: instituciones, conocimientos, actitudes y la llamada cultura subjetiva: la utilización de todo ello como cultivo interior, desencadena relaciones que no logran del todo emanciparse de lo más inmediato. En otro lenguaje, Heidegger establecía tal diferencia como lo óntico u objetivo y el momento de recepción ontológico equivalente a la subjetividad humana. Diferenciar estas dos fases no explica a mi modo de ver cuál sería la atmósfera adecuada para tal recibimiento. Heidegger lo expuso como la apertura del Ser. Pero si la preocupación por el Ser se nos vuelve superflua ¿Por qué y para qué tecnología? Antropológicamente, se puede definir el curso de la Civilización, como la agudización en las técnicas de manipulación y transformación. El hombre es aquél animal que justamente por su condición simbólica, se desarraiga a medida que intensifica los medios de intervención. Este proceso, no extraño a ninguna forma de política desarrollada, se manifiesta traumáticamente, cuando el desarraigo se sitúa en posición de intemperie, aguardando a que ónticamente se produzca un alivio. Este último malentendido, tan extendido en la actualidad, produce cada vez más reservas que multiplican exponencialmente lo inmediato óntico. Lo humano en mitad de esta orgía de procesos vertiginosos, compadece ante un fantasmal tribunal sin poder asegurar todavía, a pesar de positivistas sospechosos, si semejante revolcón nihilista, está activo de forma justificada. La Modernidad ha sometido a la razón tanto a su utilitarismo óntico, como a las aspiraciones autónomas de su progresivo desarraigo. El carácter rupturista de este modo de hacer, se traduce en un hacer camino que borre las huellas negadas por cada ruptura. Los múltiples movimientos culturales desde el Renacimiento, expresan el extraño apartamiento sufrido por un concepto como el de cultura, que en realidad es extrapolable a una generalidad aún mayor. La escisión entre naturaleza y cultura convirtió a la primera en base para la técnica, mientras que la segunda en exilio perpetuo, nos saluda desde su retiro ideal y pomposo. Se expresa así, que ningún quehacer humano puede ser llamado propiamente cultura. Desde

entonces, el término cultura, o bien hace referencia a un pasado del que permanecemos alejados y ajenos, o bien pasa a ser aceptado en el tiempo presente a semejanza de los iluminados proféticos con acceso a lo más vertical. Actualmente ya no es posible sostener por más tiempo semejantes diferencias, a causa de que los descubrimientos científico- tecnológicos, afectan cada vez más a un "estar" perplejo ante sus más que posibles fracturas, en el fondo sedentarias. El par surgido de la superación mecanicista de la Naturaleza territorializada en la técnica, y más tarde en nuestro mundo complejo tecnológico, suponen por otro lado, grandes revisiones políticas que hagan referencia a la caída de las ideologías seculares e históricas. Las nuevas tecnologías altamente "manipuladoras" necesitan urgentemente un planteamiento, Sloterdijk diría hiperpolítico, que sea capaz de dinamizar las consecuencias reales que el Siglo XXI va adelantando por lentas entregas. El mareante vacío histórico como narración siempre inconclusa y abierta, en el que respiramos asistidamente, se ve clarificado como por un reflejo trasero, por ejemplo, en el "ruido" agitado a través de una fecha repetitiva, por todos conocida. Esto significa que o bien, siglos de narración permanecen encerrados en el estomago de algún Demiurgo o bien estos han sido consumados en una suerte de posesión generosamente narcisista que gesticula ante lo que en su guión no aparecía como histórico y si como el puro presente que intensifique tales estados vanidosos.

La Antigüedad por su carácter principalmente narrativo, "estaba-está" para alinear deconstructivamente la temporalidad rasgada por las rupturas modernas. El resurgir de las religiones está trenzado en gran parte por la importancia de la misma Antigüedad. La potencialidad de las tradiciones religiosas monoteístas sobre todo, no se explicarían sin la narratividad temporal por las que surgen y se extienden. ¿Cómo si no de otro modo se comprende, que después de milenios los grandes relatos no se hayan perdido, precisamente por el carácter narrativo del que conserva y releva, siendo a su vez este quehacer narración? De ese gran relato emerge el hombre moderno a modo de "pastor de relatos", lo que realmente ha sido está ahí a la vista. Se diría al modo primigenio cristiano, que la concreción inmediata entre palabra y carne hace consciente los inicios narrativos de la Antigüedad en cuanto al modo en que la misma vida también se expresa. Sin duda, a este respecto cada religión de gran alcance posee una concepción del lenguaje definitoria cuando de diferencias sustanciales se trata. En nuestra tradición judeocristiana, al margen cuestiones escatológicas, la diferencia total se podría cifrar entre la urdimbre lingüística del dios ético-filósofo y aquel dios al que le surgen las palabras de la carne. Dejemos para el psicoanálisis lingüístico los traumas inmanentes al lenguaje. Por eso a modo religioso-narrativo se dice Palabra y no palabras. De estas reflexiones se desprende que si es posible aún el carácter narrativo de la vida es porque el concepto de tiempo según la Modernidad es ilusorio y positivista. La doctrina del eterno retorno retomada por Nietzsche es un intento de la antigua mítica como reacción contra la Modernidad y en favor del "pathos" envolvente. Cuando de Antigüedad se trata, no conviene olvidar el trasvase espiritual que desde Oriente arriba al embrión naciente Occidental. En la senda descrita y su traslado, pasa como por un filtro sobre personajes en los que Occidente codifica sus iconos portadores de espiritualidad y pensamiento. Se sabe la influencia que Oriente ejerció sobre la filosofía griega y también sobre el cristianismo. El hecho de que la única religión absolutamente Occidental permanezca todavía como judaísmo es porque un pueblo entero se vio como portador en sí mismo del gran relato semita. Las demás permanecen hoy en día más deudoras de un tiempo lanzadera a través del cuál hoy entendemos la Antigüedad como narración. A diferencia de la historia metafísica, el tiempo pierde el carácter de "cápsula" autorreferencial, y en su lugar la Tierra cobra un sentido estar-narrativo dentro de la Universalidad; a través de toda una reserva y acerbo de expresiones religiosas, simbólicas, político-culturales y artísticas. De ahí, la

actualidad de la antropología, siempre y cuando no se limite a una estética decorativa para entretenimiento de los sin cultura, esto es: nosotros. Lo realmente novedoso en este, el tiempo de la mundialización, es una curiosa mezcolanza entre los medios para ver y lo a "ver". Se diría que actualmente la técnica de acercamiento va íntimamente unida a lo que percibimos. Este estadio en que nos encontramos, al igual que otras profundas modificaciones acaecidas en pasadas coyunturas humanas, como por ejemplo la evangelización y la fe, retoma la vieja técnica de transfigurar la realidad bajo el binomio soporte-imagen. Aquellos que estimen poseer una perspectiva independiente a los diferentes medios de acercamiento, deben ser considerados como metafísicos tardíos de gran retroceso. Queda pendiente la cuestión de como sigue el logos Occidental logrado con esfuerzo histórico, ¿permanece inquebrantable como inmanencia gestante o por el contrario, a la salida del feto se muestra abigarradamente fragmentado?

Una política que no interiorice los procesos actuales de desarraigo tal y como la moderna técnica ha ido periclitando hasta la fecha, en tal caso digo, que su radio de operatividad continuará siendo el de los Estados burbuja, prolongando de este modo esa gestión a la que ninguno de ellos escapa: la lógica onanista del puro y el sucio. La izquierda como intento histórico en sus días peleones, bien mirado, ha perdido operatividad al considerar contra ella misma su carácter máspreciado; el estoico aperturismo a la Univesalidad existencial. Dicho sin rodeos..., carece del gusto por la alteridad. No calibró que no se puede ganar y querer seguir perdiendo. Le ocurre como decía mi abuela: acostumbrada a perder, si una vez gano me enfado. Cómodamente pavoneada en los estados del "bienstars", gestiona un pasado para el que los problemas suponían un estar en la brecha incómoda, resabiada comprueba como la movilización masiva de antaño no es posible hoy. ¿Comprenderá algún día que la disidencia debe ser mucho más sutil que las estaciones propagandísticas carentes de suelo fecundo donde florecer? ¿Entenderá, que lo que en el futuro sean sus curvas, no dependen exclusivamente de lo bien maquilladas que estén sus arrugas?

Así las cosas, diversas fragmentaciones de la izquierda actual, derivan entre la lógica del minusarmado y sus simpatizantes, y la autocomplacencia de la izquierda-Estado que hace tiempo llegó a la conclusión liberadora de que el hombre es una pasión demasiado útil. Otra forma en que la izquierda deja sentir su disolución, está compuesta de movimientos "praxicos" incapaces de seducir y atraer hacia una teoría necesaria que hable la lengua de los últimos hombres, aquí, en la distancia de visión cómoda de los Estados autosuperadores y progresistas. Faltando esa lengua, Occidente escapa de su ancestral pavor ante la miseria,- léase improducción-, certifica su andadura óptica de bienestar y producción, o sea, el mito de la felicidad nuevamente revisado.

Pero el que sin duda es el movimiento estrella de la disolución de la izquierda, es el movimiento antiglobalización. Más motivado por reaccionar ante el desarraigo, lo digo por su carácter ahumorístico, su aspiración sería habitar en la Madre Tierra sin que siglos de desarraigo lógico racional hubieran existido. Su idiosincrasia sería: lo cerrado-abierto. Su utopía: que aquello haya ocurrido sin remedio. Su política: el carácter retributivo del hombre. De los modos anti-ilustrados y cínicos, siempre moralmente identitarios, desconfiados, débiles y miedosos, ¿conservadores?, mejor no hablar....

Desde la actual disposición de aquello que Kant llamaba "nuestra insociable sociabilidad", tal vez la idea que más ajuste el proyecto ilustrado, parece cada vez más diáfano que el termino "sociedad" y sus derivados, han servido para aligerar el peso traumático de venir al mundo. La sociedad se configura sobre todo como tal, desde los primeros instintos maternos de la política en su novedoso papel de comadrona malhumorada. De su quehacer depende en gran medida que sus retoños avispadados fueren su acogida tanto como otros impulsen evasiones hacia brazos

menos exigentes y prometedores. Pero este desencuentro no es tal cuando el mismo seno ya tenía dispuesto que los unos y los otros no podían violar su lecho. La ultrajada. La que concibe sin útero ni semen. Desde los continuos intentos de "encaje" hasta los prolongados esfuerzos de emancipación, sociedad política, es un término que genera vacío mientras el movimiento se acelera o desacelera. Los nacimientos sin origen específico que por ejemplo, eran devenires siempre sidos, se convierten para la moderna política en identidades siempre sidas. Esta es tal vez la fatalidad que las viejas religiones inscribieron sobre la carne recién florecida. La ontología de la Antigüedad pierde de antiguo lo que gana de moderna bajo el dictorio: la realidad es lo que es. Cuando oímos decir de tal cosa "eso ha ocurrido desde siempre", más allá de servir para atajar cualquier situación, si nos recuerda que a decir verdad la contingencia no es un fenómeno que las rupturas modernas puedan reclamar vanidosamente para sí cada una, sino que después de los cautiverios es ante todo narración que deshisteriza la razón más inmediata.

¿Significaría algo para Occidente, si se afirma que la necesidad sujeto-soporte, gravita en una suerte de perspectivismo psicocósmico que varía la imagen tal y como los miembros reflejados en un espejo sintonizan los movimientos corporales? ¿Es esta la trágica "buena nueva" irredenta en la que se inscriben los hijos ilegítimos y bastardos? ¿Si la segura senda entre sujeto y objeto se ha roto, no equivale esto a decir que somos la verdad inútil, más intensiva cuanto menos ruidosa? No creo afirmar una enormidad, si digo que esta conclusión feliz, supera la dialéctica como instrumento positivo democrático. ¿Como hemos entonces de hablar en adelante? ¿Ganaría cualquier democracia en agudeza, si como fantasmales entes, cultiváramos la "intraescritura" por ejemplo, como terapia contra la mala costumbre de hablar?

El dilema actual dada la gran proliferación de medios lingüísticos, sería optar sin medias tintas entre la palabrería Socratico-cínica o el silencio ascético, o mejor.... dejar hablar a lo otro como al confesor jamás dirimido, aquél que articula lo incomprensible de la charlatanería del copular juntos. "La cura" actúa desde el "mentiroso", porque es de "él-yo" precisamente de "quien" nos curamos; dejemos pues que el mundo le siga sirviendo de histriónico escenario y resonemos en sus palabras como la promesa de un hoy esplendoroso y palpitante. Vivir a fin de cuentas es siempre lo que sobra.